# Chepe Loco

## Cuento de su viaje al Chapui

05/01/2013

Eduardo Chamorro

# CHEPE LOCO

**S**antiago de los Caballeros de León, ciudad colonial nicaragüense fundada en el año de 1524 por el capitán Francisco Hernández de Córdoba, al lado del poblado indígena de Imabite, en las riberas del lago Xolotlán, (llamado después Lago de León y Lago de Managua posteriormente), trasladada luego al lugar que ocupa en nuestros días, junto al poblado indígena de Subtiaba. Dicho traslado se debió a una serie de sucesos infaustos, de aspectos religiosos, políticos, económicos y sociales, siendo el detonante final, determinante, una fuerte erupción volcánica del coloso Momotombo (ronco y sonoro, como dijera en una poesía el panida Rubén Darío), majestuoso e intimidante volcán situado a pocos y escasos metros de la ciudad, la cual aguantó estoicamente temblores y lluvias de ardientes cenizas, así como el hundimiento de gran parte de su barrio costanero, al elevar la marea abruptamente el nivel del lago hasta que, unánimemente el grueso de su población, fue llevada, en una expresión espontánea y colectiva, gregaria, a decir: ¡Nos vamos de aquí!

**E**n su nueva ubicación, sus pobladores levantaron no menos de dieciséis iglesias para la ciudad, como para asegurarse la Divina protección. La inmensa Basílica de la Catedral ocupa el centro del cuadrante, luego, en prácticamente cada barrio, se fue levantando su respectivo templo católico, entre la lista de los nombres con los cuales las construcciones fueron bautizadas encontramos algunos tan castizos apelativos como: El Calvario, La Recolección, San Juan, La Merced, San Felipe, Zaragoza, Guadalupe, San Pedro, San José, San Francisco, San Isidro, El Calvarito, El Laborío, y así mismo también encontramos un solo nombre indígena entre ellas: Subtiava.

**E**nfrente de la Iglesia de San Francisco, esquina opuesta al atrio hacia el sur, Calle Real de por medio, hoy llamada justamente Avenida Rubén Darío por haber sido criado el universal poeta en una casa de la misma arteria, se encuentra una vieja mansión colonial que había sido en un tiempo pretérito Casa Presidencial del país, por haber morado ahí el Lic. Norberto, un prestigioso Director Supremo de Estado, entre 1849 y 1851. Casona de grandes balcones enrejados, con sus pollos interiores, doble puerta en ángulo de noventa grados en la esquina, no ochavada como es la costumbre en Granada y no así en León, donde estaba situada la sala familiar, enorme. Encontramos también tres puertas dobles más sobre la Calle Real, una para cada cuarto de esa ala de la casa. Dos puertas dobles más y la gran puerta del Zaguán, ornamentada y de capitel profusamente trabajado en la calle este, llamada antiguamente Callejón del Convento, lugar por donde entraban las bestias y los insumos hasta el traspatio del fondo, donde estaba el área del servicio. Si uno entra por la sala, la cual es espaciosa y alta, se encuentra bajo sus pies con ladrillos cuadrados de mosaicos formando elaborados pero sencillos dibujos geométricos, muy hermosos, si elevamos la vista advertiremos un precioso cielo raso tallado en madera, obra de filigrana, exquisito. Las sillas y sofá de mimbre, granadinos, pintados en absoluto blanco, en el centro de la misma habitación, con su respectiva mesita adornada con un primoroso florero cargado todo el tiempo con las flores de estación que produce el jardín, todo iluminado durante el día por una hermosa ventana en balcón a la Calle Real con dos pollos, lugar desde los cuales las moradoras en edad de merecer recibían a sus pretendientes, ellos en la calle y ellas tras el balcón enrejado, sentadas cómodamente en los pollos, haciendo que tejían sin tejer nada, dentro de su casa. durante la noche la sala se iluminaba por una hermosa araña de cristal translúcido, europea, colgada en el centro de la habitación, como de veinticinco pequeños bombillos eléctricos en forma de llama de vela, no se usaba ningún tipo de alfombra, no era eso costumbre en el León de esos días. Saliendo de la sala e ingresando a la

casona, entraba uno y le llenaba la mirada rápidamente un feraz patio interior, tropical y verde, rodeado de cuatro grandes corredores, en dos de los cuales estaban situados los cuartos de la familia, incluyendo una pequeña capilla familiar llena de santos e imágenes sacras de exquisita hechura. Caminando más para el fondo, por el corredor derecho, se encontraba uno con el cuarto del comedor, espacioso fresco y confortable, luego daba con una habitación enorme, con su pequeño patio interior, ahí funcionaba la cocina, con un gran fogón y horno de leña adosados a la pared. Siguiendo hasta el fondo tras el área de cocina, se llegaba al traspatio, lugar donde se encontraba el área de la servidumbre y sus habitaciones, área de lavado, planchado y tendido al sol para secar y orear la ropa. En ese último patio se guardaba a las bestias, leña, carruajes, y todo chunche viejo que ya no se ocupara y se amontonara para cualquier arreglo futuro, etc. Este traspatio tenía salida directa y rectilínea al zaguán que daba al Callejón del Convento, por el mismo corredor derecho.

**E**n esta espaciosa mansión solariega, corriendo el año de 1917, vivían los descendientes del matrimonio conformado por José y María del Pilar (ella, nieta del Director Supremo Norberto), ambos fallecidos años atrás, eran todas mujeres con la sola excepción de un único varón: José, llamado cariñosamente por todas las hermanas Chepito. Dichas hermanas se llamaban: Corina, Clementina, Celia y Pilar. Había dos hermanas más que no vivían ahí: Mélida y Javiera, pues ambas vivían con sus respectivas familias en otros barrios de la ciudad, la primera casada con Rafael Arturo y la segunda con Roberto.

**C**orina era casada con un señor de nombre Virgilio, como el matrimonio no tuvo descendencia, adoptó una linda sobrina de ojos azules y cabellera rubia, colochona, de extraordinaria belleza, llamada Azucenita, nieta de Mélida, hermana de Corina. Clementina, Celia y Pilar eran solteronas, “niñas señoritas”, a como se les decía en la época de este relato, al igual que Chepito, otro solterón. Esta gran familia vivía holgadamente de la herencia dejada por José y María del Pilar, una vida de pueblo colonial, misa tempranera en San Francisco, con sólo cruzar la Calle Real, Iglesia que lucía cantidad de santos e imágenes donados por sus ancestros, supervisar quehaceres del servicio, enviar a comprar diariamente la provisión fresca al Mercado Central, a escasas cuadras de la mansión, atrás de La Catedral, cuidar de Chepito, del cual hablaremos más adelante, recibir visitas por las tardes, con sus respectivos refrescos helados, elaborados con las frutas tropicales de estación: mangos, naranjas, limones, tamarindos, guanábanas, chilla, piñas, etc. servidos en brillantes bandejas de acero inoxidable por la servidumbre, cuando el refresco no era del gusto de las hermanas, decían a la doméstica que lo servía: ¿Qué me has dado, Oliverio? (era una referencia a unos famosos crímenes por envenenamiento con estricnina que se habían dado en la ciudad años atrás).

Estas visitas eran recibidas en la sala esquinera si no eran de confianza, cuando lo eran las recibían en el corredor interior del primer patio, sentadas en agradables mecedoras granadinas, el enorme y cuadrado patio estaba sembrado de exóticas plantas tropicales y coloridas y fragantes rosas y flores, con una fuente en medio, lo que daba un ambiente sosegado y confortable para estar, aún para muchas palomas de Castilla, las cuales era común verlas bebiendo despreocupadamente agua de la fuente.

La que llevaba la voz cantante en la casona era Corina, pues además de ser la casada y con hija, tenía una fuerte y cariñosa personalidad, muy responsable. Virgilio, su esposo, había estudiado en Francia, en La Sorbona de París, nadie sabía qué cosa estudió, él decía que “Variedades”. Era Virgilio un hombre social, gustaba de vestir bien, pelo engomado y bastón al ristre. Todas las tardes se le perdía a la Corina, la cual no se inmutaba en lo más mínimo. Cuando alguien le pretendió llevar chismes sobre él, a su propia casa, ella contestó firmemente:

-Mira mi linda: Él, de esa puerta para adentro es Don Virgilio, de esa puerta para afuera, no me interesa lo que haga o lo que dicen que hace.

La verdad es que sí molestaba un poco todo este asunto a Corina. Virgilio decía a menudo que iba donde las hermanas D’Arbelle a escuchar la pianola, afición que había tomado en París, en sus años de estudiante, Corina asentía y no decía absolutamente nada, así día tras día. Una tarde en que Virgilio se acomodaba el saco de lino blanco para ir a escuchar pianola donde las D’Arbelle, a como ya era lo usual, Corina le expresó:

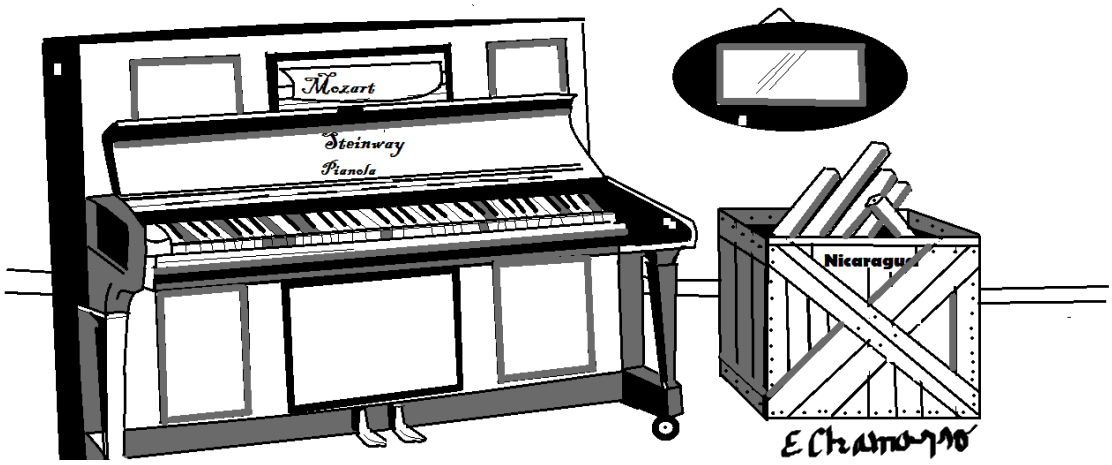
-Virgilio, creo que ya no es necesario que vayas a escuchar pianola nunca más al garete.

-¡Vamos a empezar otra vez Corina! Hoy escucharemos unas nuevas tandas de rollos excelentes que han llegado recientemente de Nueva Orleans, buenísimos, puros minuetos, vino “Don Juan” de Mozart, y otras sonatas y sinfonías geniales, – dijo Virgilio-

-Por Dios, mi niño, anda asómate a la sala, Virgilio, verás con lo que te encuentras por ahí arrimado a la pared.

Salió Virgilio anudándose aún la corbata, apurado hacia la sala, al nomás entrar se encontró de sopetón con una hermosísima pianola “Steinway”, nuevecita, bellamente barnizada, acompañada de tres cajas de madera abarrotadas de rollos para el instrumento musical, no salía de su asombro -¿Qué significaba eso?

-Como veo que te encanta esto de la pianola y andar al garete, como perro en procesión, encargué esta pianola, más ciento veinte rollos variados de música, cuarenta de ellos de puros minué, vienen los mejores de Sebastián Bach y también varios rollos de W. Amadeus Mozart, entre otros. A lo mejor está ahí adentro de alguna de las cajas el del bendito "Don Juan", ha tardado bastante en llegar esto desde Europa, mi lindo, pero tras mil vericuetos y zarabandas está todo acá por fin. Ya no te asolearás ni empaparás cuando lluevan pencazos de agua de Padre y Señor mío por ir a casa ajena a escuchar tu gloriosa música, podrás oír lo que te plazca cuando quieras en la comodidad de tu hogar, acá en la sala a nadie molestas, es tu regalito de cumpleaños. -dijo Corina con feliz y cándida expresión, con toda la inocencia del mundo-. Fin del cuento, se acabaron las visitas donde las D'Arbelle, para siempre.




**M**élida, de gran belleza, blanca como la porcelana y la mayor de las hermanas, se había casado algunos años atrás con Rafael Arturo, conocido solamente como Arturo y se había ido de la casona a formar su propio hogar con él. Arturo, tez rosada, ojos azules, flaco y de aspecto engañosamente frágil era un abogado y político liberal sobresaliente, estaba enamorado perdidamente de Melidita, a como él la llamaba, tanto que mandó a traer a Italia los muebles con que adornarían su casa, antes de casarse, pues "Melidita no se merecía menos", decía él. En su carrera política Arturo había escalado y llegó a ser Ministro de la Guerra del gobierno liberal en un momento belicoso contra los conservadores de Granada, había armado y nombrado "General Expedicionario de las Segovias" a un hombre que luego se haría muy famoso y sería tomado también como prócer de la república por sus acciones. Entre las hermanas de la casona, Arturo era el llamado a todo tipo de consejos que ellas necesitaran, su palabra era escuchada como quien oye la Biblia, lo que él

decía, así tenía que ser. Precisamente él daba últimamente sus consejos en particular sobre Chepito, lo que se podía hacer por él.

**Ch**epito había nacido en un hogar en donde fue recibido con júbilo, era el primer varón después de muchas hermanas mujeres, fue el mimado de toda la casa. La niñez de Chepito transcurrió con toda normalidad, luego llegó la adolescencia y todo cambió, se tornó esquivo y como ausente, hablaba solo, decía que le bastaba ver a los zopilotes y que con el solo peso de su mirada ellos caían al suelo, fulminados. Cada vez eran peores y peores sus producciones, hasta que concluyeron que había que llevarlo al médico. Tras rigurosa revisión galena, se dictaminó que sufría de un tumor en el cerebro, inoperable en la Nicaragua de ese entonces y eso le había hecho perder mucho la razón, la cual perdería completamente sin remedio, no había nada que hacer, operarlo sería mucho peor, la muerte segura. Así que Chepito se tornó en loquito, al cuidado de sus padres y luego al de sus hermanas cuando éstos fallecieron. Los médicos tuvieron todo acierto, Chepito empeoró, se colaba a las calles en cuanto lo descuidaban un poco, luego había que buscarlo por todos lados de León, barrio por barrio, hasta que daban con él en los lugares menos esperados de encontrarlo, eterno vago el Chepito. Muchas veces lo encontraron en la ribera del río Pochote, totalmente abstraído y con su mirada fija en la corriente, como queriéndose fundir en uno solo con el agua. Las hermanas, alarmadas, decidieron que lo correcto sería hacer un encierro en la casa para él, al fondo de la misma, en el traspatio, lugar del que no podría salir y ellas lo pudieran cuidar sin sobresaltos y así asegurar su seguridad, con el dolor de sus almas procedieron a realizar dicho proyecto y desde entonces Chepito moraba en ese discreto y apartado lugar.

**Ch**epito era blanco, alto, recio y fornido, rosadito y de ojos claros, totalmente calvo por herencia paterna, desde muy joven. Su hermana Corina lo mantenía siempre muy pulcro; con el tiempo, posiblemente por ver hacerlo a alguien de la servidumbre, adquirió el hábito de fumar puros, unos pequeños, llamados chilcagre, fabricados en el barrio vecino del Laborío por diestras manos indígenas. Fumaba puro tras puro, todo el santo día, con la chiva agonizante de uno encendía el otro. Cuando se le acababan los puros, se acercaba al enrejado y empezaba en letanía…

-Corina, mi puro. Corina, mi puro. Corina, mi puro… -ad infinitum- hasta que Corina le llevaba su nueva ración de puros y él daba un grito de alegría. No se sabe si por comodidad o por placer, Chepito empezó a apagar las chivas de los puros en su desierto cráneo, no hubo manera de quitarle ese nuevo hábito, fumaba uno tras otro, pero los apagaba indefectiblemente en su cráneo, por lo

que se le llegaron a hacer muchas llagas a lo largo y ancho del mismo, cuestión que a él no le importaba en lo más mínimo, más bien parecía disfrutarlo. Chas, se lo apagaba en la cabeza y pedía el otro:

-¡Corina, mi puro!  ¡Corina, mi puro!

También Chepito era aficionado a mencionar unas palabrotas muy poco ortodoxas, que llenaban de vergüenza a las hermanas y de risas a los pocos visitantes y servidumbre que podían llegar hasta donde él vivía, si le preguntabas del por qué se había vuelto loco, solamente te decía…

-La torreja, la torreja, la torreja… Garrote pelado, garrote pelado…. –haciendo a la vez  gestos obscenos con ambas manos-. Era todo un espectáculo el Chepe Loco. (La torreja había sido una popular prostituta barata que deambulaba por las calles de León en los años de juventud de Chepe Loco).

**P**ues decíamos antes que Arturo aconsejaba a las hermanas sobre Chepito, aconsejaba que tal vez se podría hacer algo por él, que ya habían pasado muchos años desde su primer diagnóstico, que lo mejor era llevárselo a San José, Costa Rica, a un famoso nosocomio allá establecido desde 1890, el Hospital Nacional Psiquiátrico Manuel Antonio Chapui, para que le hicieran nuevamente exámenes y así obtener un camino más claro por el que andar en tan obscuro mundo de Chepito, él mismo se ofrecía a llevarlo hasta allá y traerlo de regreso. La idea les pareció bien a todas, solamente sentían la aprensión de separase de él, nunca antes había sucedido eso, desde que el chavalo nació  había estado con ellas, en todo momento, pero comprendieron que valía la pena y debían hacer algo a favor de Chepito, así que autorizaron a Arturo a que procediera a iniciar la correspondencia con el hospital para ir programando el viaje.  Al cabo de unos meses Arturo se presentó, acompañado de su esposa Melidita, en la casona, para dialogar con Corina…

-Acá te traigo la correspondencia con el Director del  Hospital para Insanos Chapui, está todo arreglado para el ingreso de Chepe, para el veinte del próximo mes  sin dilación, Corina.

-Qué bien, Arturo,  me encargaré de tramitarle los documentos de salida y todo lo de la ropa que  llevará. Me entristece pero a la vez me llena de alegría  que por fin estamos haciendo algo en concreto por él, -dijo Corina con expresiones llenas de una anticipada nostalgia, chineando entre sus piernas a Azucenita.-

-Claro que es lo correcto, Corina, -dijo Melidita, mientras guiñaba el ojo a Azucenita y la niña sonreía de regreso estirando sus manitas hacia ella- además irá con Arturo, yo también quedaré sola ese tiempo, como cuando

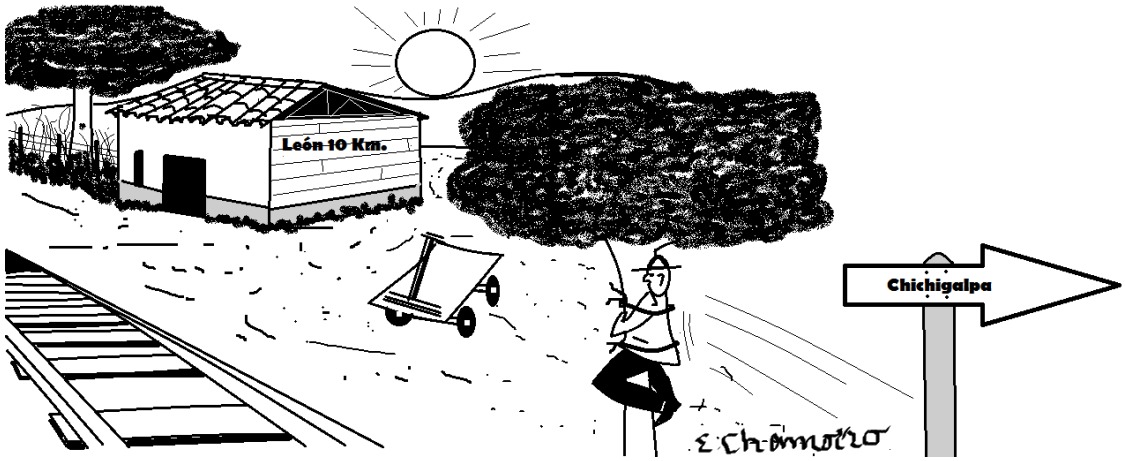
Arturo andaba de quijote en la Costa Atlántica para la guerra, ni modo, hagamos el sacrificio por Chepe, Corina.

-No hay más que decir –dijo Arturo cortésmente, acabando con la conversación- ya envié el dinero de las primas al hospital. El propio director de la institución Dr. Guardia Gallegos nos estará esperando para el veinte del próximo mes sin más dilación, no tenemos más que seguir que para adelante, evaluarán a Chepe en el Chapui durante tres días y luego decidiremos lo que habrá que hacerse ya con el nuevo diagnóstico en la mano.

**C**orina empezó a darle inmediatamente un buen tratamiento a la piel llagada del cráneo de Chepe con jabón negro de manteca de chancho y otros ungüentos cicatrizantes, le amarraron una lona gruesa en el mismo para que no se quemara más con las chivas, tenía que ir presentable a San José. Le mandó a hacer un traje entero de lino blanco para el viaje, le compró un sombrero, también blanco, un par de zapatos negros, brillantes como espejo. Chepe veía todo el movimiento pero no entendía nada a qué se debía, él seguía su rutina de siempre…

-¡Corina, mi puro! Chas, lo apagaba luego en la lona cruda que cubría su cráneo. -La torreja, la torreja, garrote pelado, garrote pelado…

**P**or fin llegó el día, Arturo y Chepe fueron despedidos en la Estación Municipal de León del “Ferrocarril del Pacífico”, tren de las tres de la tarde rumbo a Puerto Corinto. Corina y sus hermanas lloraban en el andén, pañuelos blancos agitándose en sus manos. Ambos hombres vestían trajes enteros de lino blanco, sombreros del mismo color, corbatas y zapatos negros, hasta se parecían. La cabeza de Chepe con sus llagas curadas, apenas perceptibles en su cicatrización. Montaron los dos caballeros cuñados en el vagón de primera clase y salieron rumbo al occidente, ahí tomarían un vapor directo a Puntarenas y luego una diligencia de pasajeros hasta San José, largo periplo. Increíblemente Chepe se comportó extraordinariamente bien durante todo el viaje, ni de los puros chilcagre se acordaba. En el tren, iba extasiado observando cómo los árboles los pasaban rápidamente, como si éstos fueran los que se movieran y no el tren, pensó que al regreso bien se podrían venir encajados en uno de ellos, bien amarrados para no caerse. Le gustó el alboroto de los vendedores cuando pasaron por Chichigalpa, estos ofrecían dulces elaborados con caña de azúcar, elotes tiernos cocidos, refrescos, tortillas y güirilas con cuajadas, pescados fritos con pinol, plátanos en tajadas, rosquillas del Viejo, cosa de horno y tantas cosas más, era como arribar a un tiangue.




**E**n Corinto durmieron plácidamente en un modesto hotelito que encontraron en el puerto y embarcaron muy temprano al día siguiente en el vapor. Chepe bien portado, la gente únicamente podía ver en ellos a un par de señores, cerca de los cuarenta uno y el otro unos años mayor, probablemente parientes por su parecido, con seguridad en un viaje de negocios a Costa Rica. Chepe no se despegó del barandal a babor durante toda la travesía marina, su mirada fija en las aguas que pasaban raudamente por debajo de la quilla del vapor, sumido en quién sabe qué pensamientos, como cuando lo encontraban mirando el río Pochote en León, años atrás, la cuestión es que no molestó para nada ni pidió ningún puro, para tranquilidad de Arturo, que lo observaba desde donde él estaba sentado leyendo una revista de trivialidades encontrada ahí mismo. De esa manera llegaron a Puntarenas, donde fue muy fácil abordar una diligencia con rumbo a San José, su destino final.

**Ll**egaron sin novedad a San José, capital de Costa Rica, ya muy entrada la noche, cansados del ajetreo y movimiento del largo viaje, la diligencia se dirigió directamente a un pequeño y confortable hotel que no por mera casualidad quedaba a pocas cuadras del Hospital Chapui, lugar donde iban los médicos a examinar a Chepe, pues éste había sido recomendado por el Dr. Enrique Guardia Gallegos, Director del mismo, lo cual Arturo agradeció infinitamente. Extrañamente y a tono con el modo que prevaleció desde su salida de Corinto, Chepe estaba completamente calmo, silencioso y abstraído, como que viniera meditando cosas bizantinas, con un aire de intelectual caviloso, a tal medida que nadie, absolutamente nadie, de las personas que venían con ellos en la diligencia, podría decir que Chepe era una persona que

había perdido la razón.  Sí, eso sí, era el tipo alguien un poco extraño, pero… ¿Quién no lo era en estos locos tiempos?

**C**uando Arturo y Chepe hicieron su ingreso al hotel, se encontraron con agrado que en la entrada del mismo funcionaba una simpática cafetería que anunciaba servicio las veinticuatro horas, se dirigieron contentos hacia ella para pedir un café cargado, a como era su costumbre diaria, pues casi siempre Arturo revisaba papeles legales en su casa durante las noches hasta altas horas. Estaban los dos parientes traspasando el quicio de la puerta del negocio cuando vieron que un señor sesentón de elegante y agradable presencia se dirigía directamente a hacia ellos, se interpuso luego con mucha gracia en el camino de ambos y empezó a  hablar.

-Bienvenidos a San José, señores, debo presumir que es Ud. El Dr. Arturo y su acompañante es el señor José, procedentes ambos de León, Nicaragua. Yo soy el Dr. Enrique Guardia Gallegos, Director del Hospital Nacional Psiquiátrico Manuel Antonio Chapui, lugar donde revisaremos al paciente referenciado  y quise recibirlos en este hotel para cerciorarme personalmente que llegaron exitosamente hasta  acá, pues ahora con tanto bandolerismo desatado  en nuestros caminos, nunca se sabe.  – Dijo el doctor mientras extendía su brazo derecho buscando el apretón de saludo formal en dirección a Arturo-.

Así es, doctor, qué agradable sorpresa y le estamos en extremo agradecidos por esta molestia que usted se tomó y que a la vez demuestra la calidad de persona y profesional que sin duda es, –Contestó Arturo estrechando la mano que el Dr. Guardia le ofrecía- este señor que me acompaña es José, mi cuñado, el paciente en referencia de nuestra correspondencia. El Dr. Guardia dirigió una mirada amable y taconeó a la vez que inclinaba su barbilla hacia Chepe, en señal de saludo, sin ofrecerle su mano, pues bien sabía que con estos tipos de pacientes, había que ser comedido y guardar cierta distancia. Chepe observó al doctor sin dar ninguna muestra de darse por enterado del saludo del extraño, a como uno mira a una persona desconocida en una calle transitada, a como se mira una hormiga.

-Bien señores, me agrada que hayan llegado sin novedad, ya en el hotel están instruidos y esperándolos con su mejor habitación,  yo los dejo para que puedan descansar y reponer sus fuerzas tras fatigoso viaje  y los estaremos esperando mañana a las diez en el Chapui para atenderlos de inmediato, -Dijo el Dr. Guardia taconeando nuevamente y ofreciendo  la mano a Arturo y luego una mirada sonriente hacia Chepe y salió después de la cafetería enrumbándose hacia la calle.

**A**rturo se tomó su café bien cargado, pidió un refresco y algo de comer para Chepe y luego procedieron a realizar su chequeo en el hotel, se dirigieron posteriormente a su habitación designada a descansar. Chepe se dejó llevar tranquilamente y se acostó en su cama al solo ingresar al cuarto, así no más, con la vestimenta que llevaba encima, con todo, incluyendo zapatos y sombrero, y empezó a roncar casi instantáneamente. Arturo sonrió al ver tal disparate y también procedió a realizar su ritual de desvestido, colgar su traje en el armario de madera de la habitación, colocar naftalina, hacerse en el cuarto de baño sus abluciones nocturnas, lavado de dientes, puesta de pijamas, colocar luego la fotografía enmarcada de Melidita en la mesa de noche, apagar la luz, para acostarse con todas las de ley en la confortable, limpia y olorosa cama de sábanas blancas y así dormir profundamente a pierna suelta toda la bendita noche restante.

**P**or la mañana, ya para vestirse, Arturo notó que toda su ropa estaba arrugada, extrañamente arrugada, debía ser consecuencia del clima lluvioso y húmedo de San José, pues él la había colgado en el armario perfectamente planchada la noche anterior , hasta con almidón venía, pero ya no había tiempo de componer eso, así que despertó a Chepe y lo obligó a bañarse muy bien y a vestirse con la ropa pulcra que había preparado Corina para el día de su ingreso al hospital, para que le trataran con deferencia y con respeto a su querido y enfermo hermano menor. La ropa de Chepe, extrañamente estaba perfecta, sin ninguna arruga, probablemente porque esa no se había sacado de la valija, pensó Arturo, ¡vaya Dios a saber!

**C**uando el reloj de la recepción del Hospital Chapui daba las diez en punto de la mañana, Arturo y Chepe hacían su ingreso al mismo, habían recorrido a pie las pocas cuadras que separaban al hotel del hospital, había amanecido esa mañana en San José con una leve y pertinaz llovizna, a como era lo característico de esta ciudad, portaba Arturo un enorme paraguas negro provisto por el hotel que cubría y protegía del agua ampliamente a ambos personajes. Se dirigieron ambos hacia la recepción, lugar donde estaba una enfermera vestida de riguroso blanco y un caballero a pocos metros de ella vestido con traje café concentrado mirando papeles.

-Buenos días, señorita, venimos a realizar un ingreso de paciente al Hospital, -dijo Arturo dirigiéndose a la enfermera.

-Buenos días señor, ya lo atiendo, -contestó la enfermera tomando un papel y una pluma, disponiéndose a realizar la escritura de datos para el ingreso.- Dígame el nombre del paciente.

-José, de León, Nicaragua, -contestó Arturo.

- ¡Ah! , este señor es el que nos dejó recomendado el señor Director doctor Guardia Gallegos, me ordenó que le transmitiera a usted que él tardaría un poco en venir, lo hará alrededor de las diez y media, pues se le ha presentado una emergencia médica, dejó dicho que ingresáramos a su paciente sin dilación y que él se haría cargo del asunto personalmente en cuanto viniera, -dijo la enfermera amablemente con una gran sonrisa dibujada en su cara.

**M**ientras Arturo y la enfermera estaban concentrados en el proceso de llenar la hoja de ingreso de Chepe, el orate se dirigió hacia el señor de traje café que revisaba papeles a pocos metros en el mostrador…

-Pssst, señor, tenga la amabilidad de escucharme,- dijo Chepe al funcionario.

El señor levantó su mirada hacia la dirección de donde provenía la voz y observó a un señor blanco, calvo, ojos claros, muy bien vestido con un elegante y muy bien planchado traje entero de lino blanco, corbata negra, ensombrerado de bombín, aspecto serio, oloroso a jabón de tocador y como en posición de secretismo, ahuecando su mano derecha colocada en la boca mientras le hablaba.

-Venimos a ingresar a Chepito Loco mi cuñado, al Chapui, pues tiene problemas de locuras peligrosas, peligrosísimas. Yo soy don Arturo, de León, Nicaragua, el esposo de la Melidita, soy la persona quien viene a ingresar al paciente, pero él se está haciendo pasar por mí y está engañando a la señorita enfermera que realiza los ingresos en este momento, tenga la bondad usted de intervenir, pues si yo lo hago, empezará con sus reacciones dementes peligrosas y todos acá correríamos un peligro mayúsculo, pues lo vi embolsarse subrepticiamente el cortaplumas que estaba encima del mostrador, debemos de ser cautelosos con este tipo de paciente en extremo peligroso, si no, nos lleva la torreja amigo. –Dijo Chepe al hombre.

-El funcionario volteó a ver a la enfermera y vio efectivamente a un señor inclinado hacia ella dando datos para ingreso, vestido con un arrugado saco blanco, con su mano derecha introducida en la bolsa del pantalón, como palpando algo que llevaba adentro, regresó luego su mirada hacia Chepe, le hizo un gesto con su dedo índice acercándolo a su boca para hacerle saber que guardara silencio, caminó hacia la enfermera y dijo algo en su oído, secretamente. La enfermera miró rápidamente a Arturo y luego volteó a ver a Chepe Loco, quien estaba observándolos atentamente y muy circunspecto en su papel. Luego que el funcionario se retiró, la enfermera pidió disculpas a Don Arturo por la interrupción y siguieron ambos llenando la forma de ingreso, pero la enfermera miraba nerviosa de vez en cuando a sus alrededores.

**A**rturo sintió, asombrado, que unas manos lo agarraban repentinamente, con mucha fuerza, inmovilizándolo totalmente con suma maestría profesional, se trataba de dos hombrones, vestidos con gabachas del hospital, era el equipo de control y dominio de pacientes en rebeldía o peligrosos, impusieron y colocaron rápidamente una camisa de fuerza a Arturo y prácticamente lo arrastraron al interior del hospital, ante las quejas y protestas de él, iba exclamando voces de asombro y pidiendo que le explicaran por qué procedían de esa manera con él, que quería ver al Dr. Guardia Gallegos inmediatamente, todo en vano. En el alboroto que se dio en esta escena, Chepe Loco puso los pies en polvorosa y salió del hospital sin que nadie pusiera atención en él, desapareciendo rápidamente callo abajo, en la lluviosa ciudad de San José, a las diez y quince de la mañana de aquel día veinte de mes del año de 1917.

**E**l doctor Guardia Gallegos regresó al Hospital Nacional Psiquiátrico Chapui casi a las once de la mañana, entró apurado y preguntó a la recepcionista si ya se había hecho el ingreso del caballero de León, Nicaragua. Ella le contestó que sí, sin mencionarle para nada la confusión que se había dado, para que el doctor no la tomase como una omisa incapaz, el galeno dio las gracias e inmediatamente se dirigió a buscar al nuevo paciente, para iniciar las pruebas y exámenes que durarían tres días exactamente, para que esa gente pudiera

regresar a Nicaragua con su respectivo tratamiento o diagnóstico. Cuando llegó al cubículo donde había dispuesto que ingresaran al paciente, se mostró sorprendido al ver al Dr. Arturo ahí, amarrado del cuello a la cintura con camisa de fuerza, del paciente José, el loco, ni las trazas.

-¿Por qué está usted aquí, y con camisa de fuerza encima, mi estimado señor? –Preguntó el Dr. Guardia Gallegos a Arturo.

-¡Gracias a Dios que ya vino usted! Sucede que mi cuñado José ha engañado a su personal, se ha hecho pasar por mí y dijo que yo era el paciente, así que acá estoy en esta vaina, no hubo manera que todos ellos entendieran el engaño al que han sido sometidos miserablemente, -contestó Arturo disparando las palabras unas encima de la otra.

**E**l doctor Guardia procedió a quitarle a Arturo de encima la tal camisa de fuerza, pidiendo mil disculpas, le dijo que estaba sumamente apenado y resolvería a la brevedad esta bochornosa e irresponsable situación. Inmediatamente le pidió a Don Arturo que lo siguiera, se encaminaron a la recepción del hospital, regañó fuertemente a la enfermera responsable del ingreso y del error garrafal que ponía en entredicho el buen nombre del hospital, le dijo que de los resultados de la búsqueda que emprenderían inmediatamente dependía su puesto, ordenó que se armara una cuadrilla de hombres, trabajadores de la institución y con él a la cabeza, salieron a las calles de San José en busca de Chepe Loco, le pidió encarecidamente, antes de salir, a Don Arturo, que aguardara ahí en el Chapui, que era lo mejor, mientras ellos regresaban con el paciente en mano, que tuviera la seguridad que así sería, pues la ciudad era pequeña y fácilmente darían con su paradero, que informarían también a la policía para integrarla a la búsqueda de su cuñado.

**A**rturo se dispuso a esperar en la recepción, se sentó en un extremo de la sala y esperó. A las doce del medio día, le llevaron un suculento almuerzo ordenado a un buen restaurante, cortesía del Chapui, se lo comió sin ganas, luego bajó las gradas de la entrada y se dispuso a dar una caminata por los alrededores del lugar para hacer la digestión, salió a la calle tomando por la acera que iba a su izquierda, pues como era sombreada por unos hermosos árboles, fue la vía que le pareció más agradable para caminar. A solamente dos cuadras del Hospital Psiquiátrico, escuchó Arturo una música estridente, como de corridos mexicanos, que provenía de una cantina que estaba más adelante, sobre la misma acera, que tenía un rótulo grande en su entrada en el que lucía un gran gallo de pelea ennavajado y en posición de lucha y escrito bajo de él en grandes letras rojas: “Bar El Gallo Giro”. Pensó Arturo que eso de las cantinas se daba en todos lados, siguió caminando pues pensaba girar en

redondo en la esquina y caminar de regreso al Chapui para estar presto a cualquier noticia sobre Chepito que le trajera el Dr. Guardia Gallegos. Cuando pasaba exactamente enfrente de la cantina mencionada, escuchó que la gente adentro de ella cantaba y relajeaba, daban grandes gritos de: ¡Arriba mi gallo, así se baila! ¡Tírate al suelo, gallo giro! ¡Que se desnude, que se desnude! ¡Mucha ropa machillo, mucha ropa machilloooooo! Tras las cuales escuchó un alarido de alegría muy conocido por él, era el alarido de Chepito, el mismo que hacía cuando estaba de buen humor, como cuando Corina le daba el mazo de puros chilcagre. Arturo se detuvo inmediatamente y giró en sí noventa grados para ingresar a la cantina, entró sigilosamente, cuando sus azules ojos se acostumbraron a la semioscuridad prevaleciente al interior del antro, el cual estaba iluminado únicamente por algunas luces rojas, se olía un aire rancio de olores revueltos de tabaco, perfume barato, licor, sudor y humedad, vio a Chepito, estaba él en mangas de camisa, con la corbata suelta y el cuello desabotonado, bailando el movido corrido con dos mujeres pintarrajeadas de muy dudosa reputación, se tiraba el loco al suelo bailando y pasaba arrastrándose de espaldas por debajo, entre las piernas de las mujeres de perdición y haciendo gestos indicativos obscenos con los dedos de sus manos exclamaba a la vez: - ¡La torreja, la torreja! - La concurrencia le celebraba los disparates dando poderosos gritos y sonoros aplausos, era todo un bacanal la cosa. Nunca había visto Arturo tal cara de felicidad en Chepito, se levantó éste del suelo y siguió bailando con ritmo acelerado y frenético, como que estuviera borracho, a como efectivamente lo estaba, hasta el Serengueti. Arturo se dirigió a paso veloz directamente hacia Chepe, lo tomó violentamente del brazo y lo sacó casi arrastrado del pernicioso lugar, atrás venía la turbamulta de mujeres de la vida alegre, las pintarrajeadas hetairas, diciéndole a Arturo que lo dejara tranquilo, que el pintoresco señor se estaba divirtiendo, que todos estaban alegrísimos ahí, sin molestar a nadie y que si se iba a llevar a tan ocurrente, expresivo y bailarín caballero, que pagara a lo inmediato la cuenta del “Gallo Giro” de todo el guaro consumido, de las manoseadas y de las fichas de las piezas musicales que todas ellas habían bailado con él. Arturo sacó su cartera en la calle, preguntó que cuánto era eso, le dijeron una cantidad inflada y respetable, él pagó sin dilación a las mujeres y les pidió que se regresaran a la cantina, que los dejaran solos por favor.

-¡Qué has hecho Chepe? ¿No ves que andábamos como locos buscándote por todo San José? ¡Qué es esa barbaridad de andar en toda esta vaina, pareciera que no estás desquiciado del todo, pareciera que te haces el loco a propósito, pues estas andanzas no son de alguien sin razón, siento como si planeaste todo esto desde el principio! –Increpaba Arturo a José mientras lo guiaba fuertemente del brazo, camino de regreso al Chapui. Todo sudado iba Chepito, sin saco, pues se había quedado éste tirado en algún rincón del “Gallo Giro”, iba todo revolcado, hediondo a guaro, perfume barato, tabaco y a putas.

-¡La torreja, la torreja, garrote pelado, garrote pelado!  -Contestaba Chepe Loco caminando en un vacilante zigzagueo y haciendo gestos no muy recomendables con sus manos.

León, Nicaragua, 04/01/2013

Eduardo J. Chamorro Baca